

pensadores católicos K. Adam, S. Pflütrner, H. Küng, H. G. Tavad, Geiselmann, J. Hessen, J. Lortz, L. Bouyer, Y. Congar y F. Reichter han permitido acercarnos al sajon Lutero en nuestros ambientes latinos antes tan poco propicios.

Con la lectura de sus obras comprenderemos la razón que tenía, y el sentido que les daba a sus cuatro enseñanzas básicas de orden vital más que intelectual: 1) la Biblia sola, 2) la sola gracia de Dios, 3) Cristo único mediador y 4) la sola fe. También apreciaremos al gran moralista que es en sus Cartas y **Charlas de sobremesa**; una verdadera obra literaria llena de valores éticos concretos, que hoy puede interesar todavía por su gran humanidad.

Hacia falta este trabajo, y lo único que podemos hacer es desear su mayor difusión para superar prejuicios hispanistas contra este gran cristiano que fue Lutero. ■ E. MIRET MAGDALENA.

## Buscando los cimientos del orden

Según parece, la filosofía proviene del esfuerzo por reducir lo múltiple a lo uno, de fundar lo múltiple en lo uno. Este fue el propósito, a la vez físico y metafísico, de los antiguos griegos. Vivimos en una diversidad de sollicitaciones sensibles, de cosas que aparecen y se transforman, nacen, mudan y mueren: un vertiginoso caos de impermanencia. Pasan las estaciones del año y las generaciones de los hombres, "semejantes a las hojas otoñales" para el primer poeta griego, la oruga se hace crisálida y luego mariposa, el mar cubre lo que ayer era desierto, no me conozco en mis cariños de ayer y mi propio rostro me va siendo ajeno. Ahora es de día y el sol baña mi ventana, pero quizá cuando tú leas este "ahora" te asediarán la noche o la lluvia; y será también "ahora". Veo ahí una mesa, si-

llas, libros, pero quizá dentro de un instante diré "ahí" frente a una playa o en el tumulto de una calle demasiado transitada. Pierdo lo más mío, que así se me revela ajeno, del mismo modo que lo más indudablemente ajeno ha llegado a ser esencialmente mío, por virtud de la memoria o el deseo. El río que me acoge no puede bañarme dos veces, no sólo porque las aguas que una vez me cubrieron ya habrán fluído muy lejos, sino porque aquel "yo mismo" que se introdujo en ellas en aquella ocasión se ha transformado o perdido tan irremediablemente como la fresca onda que conoció. Y, sin embargo...

Sin embargo, este caos de impermanencia está misteriosa pero firmemente ordenado. Los astros giran en órbitas perpetuas, a cuya exactitud replican la simétrica alternancia del día y la noche, las mareas y la terca caída de los graves. El fuego quema y asciende siempre, tal como siempre es apagado por el agua o avivado por un aire suave. Los lobos, las abejas y los ti-

burones cumplen con rigurosa exactitud los hábitos y tendencias que conforman su singular destino. En la ciudad, los hombres pliegan la extravagante diversidad de sus intereses y criterios a normas similares y designan con palabras idénticas al mismo objeto. Y lo más importante de todo: mi propio pensamiento, en el que fundo una identidad de la que ningún cambio sabría hacerme dimitir, se estructura en ideas, en esencias que captan y aprisionan la inmutable característica de cada cosa, en coherentes proposiciones que explicitan el orden y señalan el fin último y la sustancia primera de cada realidad. Bajo las diversidades y los cambios advino algo único e inmutable, algo a lo que cada orden parcial se remite y en lo que se apoya, un puro y simple foco de inteligibilidad que sustenta el conjunto de todo y que constituye juntamente su objetivo, su bien y su verdad. El alma del hombre de orden, del ciudadano racional del cosmos, no puede descansar hasta haber hallado tal primer principio y haber comprendido suficientemente tanto su naturaleza como la necesaria relación que le une con cada brizna de hierba, cada idea o cada anhelo.

Quizá no haya en toda la filosofía griega clásica un esfuerzo de fundamentación racional del orden tan exigente y ambicioso como el de Aristóteles. En cierto modo, podemos decir que la solución que creyó dar al problema se ha convertido en la explicación oficial del cosmos hasta por lo menos Descartes, por vía de la transmutación cristiana de su pensamiento realizada en la baja Edad Media. Probablemente, podríamos prolongar su influjo mucho más, pues el mismo Hegel, a fin de cuentas, se considera explícitamente directo heredero y final realizador de su proyecto. Una síntesis no siempre feliz, pero intuitivamente persuasiva de teología, observación experimental y mucho sentido común permiten a quien mereció ser llamado el filósofo por antonomasia realizar una crítica contundente, aunque frecuentemente tendenciosa, de sus antecesores en el esfuerzo cosmológico y proponer un sistema que parece suplir en buena medida los principales desfallecimientos teóricos de los anteriores. Es lástima que la rigidez dogmática de los administradores cristianos del estagirita haya empañado un tanto la imagen de uno de los más grandes razonadores del orden de todos los tiempos, convirtiendo en dogma o vana sutileza verbal lo que en el griego guarda ▶

## La identidad de Andalucía

La Universidad de Granada desagradó, en parte, a don Antonio Domínguez Ortiz al investirlo como doctor "honoris causa". Domínguez Ortiz, considerado como uno de nuestros máximos historiadores vivos, es catedrático de Instituto, y cuando alguna vez entró en la Universidad, lo hizo por la puerta falsa de los "penenes". Es la Universidad quien ha salido beneficiada, porque Domínguez Ortiz está contento en la enseñanza media, de la que sólo le molesta el número excesivo de horas, según confesaba en entrevista a Antonio Burgos (TRIUNFO, número 649).

Ahora aparece publicado su discurso de investidura, junto a la presentación que del historiador hiciera entonces el profesor Cepeda Adán ("debería estar sentado entre los profesores universitarios de una Facultad de Filosofía y Letras desde hace muchos años").

El discurso de Domínguez Ortiz trata de la identidad de Andalucía. Y su primera sorpresa es que ni siquiera se ha hecho la historia de la palabra que la designa (recordemos por

nuestra parte que no es muy lejano todavía el "Español, palabra extranjera" de don Améri-



Domínguez Ortiz, en el puente de Triana.

co Castro, Taurus). Lo que ahora se designa como Andalucía (las ocho provincias del Sur) es "menos que Al-Andalus, que abarcaba toda la península, y más que la primera Andalucía de los cristianos, que correspondía al cartabón tartésico de Sevilla, Huelva y Cádiz. Domínguez Ortiz cuenta el desarrollo histórico de la Andalucía Alta y la Andalucía Baja, la incidencia americana en la vida de la región, el devenir demográfico, el fracaso de la industrialización, etcétera. Más que decirnos cuál sea la identidad de Andalucía, el maestro sevillano, en estas trece páginas de su apretado discurso, parece incitarnos a buscarla, en la seguridad de que puede encontrarse. ¿Cómo? Y responde así: "Hay que buscar, pues, la esencia de Andalucía en su realidad geográfica de una parte, y, de otra, en la conciencia de sus habitantes". Si la morena muralla de las sierras béticas y el azul corte de sus mares delimitan la realidad geográfica de Andalucía, parece que ahora se está alzando la conciencia de sus habitantes. ■ V. M. R.